

EXPERIENCIAS DE VIDA CON LA CÁTEDRA LIBRE DE DERECHOS HUMANOS

¿Cómo se construye la memoria si no es a partir de fragmentos comunes, compartidos?

Alejandro Schmied
Cecilia Deanton

Tren en Movimiento Ediciones
alexschmied1@gmail.com

UNO. Osvaldo Bayer desciende de la tarima, en el aula 108. Por entonces, ha vuelto de su estancia habitual en Alemania. Está atravesando una enfermedad grave y nos reparte chocolates a lxs presentes. Se lo ve entero. Eso festejamos.

Dos. Sentado en un banco de la plaza, David Viñas parece celebrar la broma cruel de que la Casa Rosada esté cubierta, en su fachada, por una tela que simula colores renovados. Los años noventa, que se van yendo, todavía son eso, una fachada muy gruesa, cosmética. Parece llamar la atención, pero en realidad invita a desviar la mirada hacia el costado, buscar el color gastado original.

TRES. La Cátedra Libre fue para nosotrxs, dos jóvenes anónimos del conurbano en las postrimerías de la década de la impostura, la década en la que dejamos de ser adolescentes, un refugio atemporal. Allí escuchamos, en sus foros de los viernes, que la memoria del Cordobazo seguía viva, que la identidad judía porteña también estaba inextricablemente unida a la libertad de los demás pueblos del mundo. Que la opresión es común, como la lucha de lxs oprimidxs, sean pueblos originarios, obrerxs ferroviarixs, trabajadorxs sexuales en los confines del mundo.

CUATRO. Encontramos allí la tradición que nos hermanaba todos los 24 de marzo en las plazas. Seguíamos la ética fundamental de un anarquista (él mismo repetiría, “más socialdemócrata que revolucionario”, “revolucionaria es Hebe”). Escuchar a Bayer como centro/anfitrión de los foros era continuar la conversación, la escucha que recorría otros puntos de la ciudad: la Federación Libertaria, la Biblioteca José Ingenieros, la FORA. Entendimos a los foros de la Cátedra como dentro de ese mapa. La Facultad se nos figuró después.

CINCO. Estaba lejos la reapertura de los juicios por crímenes de lesa humanidad, la anulación de las leyes del perdón... Los juicios eran “por la verdad”. La insistencia de Bayer una y otra vez por la herida abierta, la insalvable distancia que ponían las leyes ignominiosas con una sociedad que se realizara en lo común, nos impactó. Su referencia a los alegatos del fiscal alemán Fritz Bauer contra la obediencia debida, contra la obediencia a órdenes criminales, pero también en relación con la responsabilidad colectiva en la trama sutil, intrincada, de los verdaderos entresijos de la memoria. El saber, el no saber. El poder del campo de concentración, sus límites. Y ahí las voces de lxs sobrevivientes de los centros clandestinos de detención, como memoria viva, corporizada, representaban una verdadera pedagogía. Testimonio.

SEIS. En los años noventa la cara visible del capital concentrado pretendía manifestarse como la era de una máscara alegre. El fascismo, como mano de obra de choque del poder establecido, era apenas una mezcla entre las rémoras de las instituciones del control, las fuerzas de seguridad de la dictadura y los trasnochados que en grupúsculos levantaban banderas que desfiguraban esvásticas, a veces con cambios pequeños. Ya en la segunda mitad de la década, desde Cutral-Có hasta Jujuy, se va a ir rompiendo el hechizo. Y el control de las poblaciones mediante la violencia de las instituciones represivas del Estado, el gatillo fácil que nunca dejó de matar en los barrios, volvería a ser parte de la organización que pondría límites precisos a cualquier forma de contrapoder. Los años de la Alianza/Duhalde fueron excesivos en eso. Un ciclo que comienza con asesinatos en un puente y también termina con asesinatos en un puente. Paradójico. Siempre hay algo que nos impide unir una costa con la otra.

SIETE. Antes y después del 2001 estudiamos Edición en esa misma facultad. Nuestra presencia en los foros de los viernes fue más espaciada. La sensación es que, en todo sentido, la “extensión” universitaria tiene cierta distancia de la vida académica cotidiana. Nos reencontramos de lleno con la Cátedra a partir de una (leve) militancia académica en la carrera de Edición. En este último contexto propusimos el seminario de Derechos Humanos para la carrera. Porque ¡cómo era posible que no integrase la oferta académica de nuestra carrera! Unos años después también participamos, desde otros espacios colectivos, de una publicación que fue importante (sobre todo para quienes participamos en ella) para ese período: el libro *Acá se juzga a genocidas*. Una respuesta al llamado desde distintos espacios a acompañar los juicios a los represores que se estaban desarrollando en todo

el país. Reunió a H.I.J.O.S., al Grupo de Arte Callejero (GAC), y a distintos espacios institucionales. Fundamentalmente, la Cátedra. Nosotrxs, en ese momento como integrantes del Taller Colectivo de Edición, llegamos a partir del nexo de la querida Ana Longoni. El empuje definitivo en el trabajo del libro propiamente dicho lo dio Graciela. Costó, pero salió. Y terminó siendo un pequeño aporte a la visibilización del largo proceso que encadena decenas de juicios a militares y que continúa hoy en día. Pero ¿por qué era tan importante? Porque naturalizar la existencia de este proceso de enjuiciamientos pareciera alejarlo de su trascendencia. Porque era necesario reactivar la memoria en el cuerpo. El llamado a asistir, a presenciar los juicios implicaba ese gesto radical. Es cierto que siempre la comunidad tiene que atender sus crisis más recientes, buscar su subsistencia, atender a sus propios cambios profundos. Pero la pregunta por cómo seguimos en una sociedad posgenocida como la nuestra no puede ser resuelta solamente dentro de las paredes de los tribunales, solamente por quienes asumen las tareas de los tribunales. Si se resuelve algo allí, allí debemos estar también. Atravesar de algún modo esos enclaves. Cubrirlos de nosotrxs. Esa pregunta sigue abierta, como siguen abiertos los juicios.

OCHO. Finalmente, ya a quince años de aquella primera escena con Osvaldo y los chocolates, los foros de la Cátedra nos han ido cobijando en la presentación de muchos de nuestros libros sobre memoria social colectiva: Claudia Cesaroni y la *Masacre en el Pabellón Séptimo*, Valeria Mapelman y *Octubre Pilagá* y la memoria de la masacre de La Bomba, las *Memorias incómodas* de los sobrevivientes de los centros clandestinos, así como las elaboró Christian Durr, las compañeras *Transterradas* de visita en su tierra, Carola Saiegh, Carolina Meloni, Marisa González... El espacio de la Cátedra sistemáticamente ha sido foro de presentación ineludible. Graciela Daleo —Vicky— ha sido además factótum de la mayoría de esos libros. Es cierto, como ha escrito ella misma, que el “efecto Bayer” (del cual éramos jóvenes partícipes), ya no llena ineludiblemente el aula 108. El aula es otra, las aulas fueron otras la mayoría de las veces, pero el espacio seguía siendo nuestro reservorio de memoria ética ineludible, allí por donde pasaron las Madres, siempre las Madres, pero también León Zimmerman, Alfredo Bauer, Juan Carlos Cena, José Luis Mangieri, León Rozitchner, y tantos y tantas más, y hoy pasan otras y otros tanto más críticas y críticos de nuestro tiempo. Allí donde también se sostiene la memoria de lxs detenidxs-desaparecidxs de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

NUEVE. Escribir estas breves líneas es un mínimo pero muy orgulloso agradecimiento a ese espacio tan receptivo de todas las luchas de lxs de abajo. Si el libro en sí es un espacio material y simbólico que puede figurarse como terreno de la disputa por la representación del pasado, si puede ser también un reservorio de la memoria, si puede ser también un prisma para diversificar el universo de representaciones, de otros mundos imaginables, posibles, el mejor elogio que una editorial puede recibir es la de hacer libros que sean dignos compañeros de las luchas por la memoria, la verdad, la justicia. Nos declaramos entonces admiradores del trabajo constante de este espacio que también sentimos un poco nuestro.